

TE QUERRÉ TODA LA VIDA



Cubierta y diseño editorial: Éride, Diseño Gráfico
Dirección editorial: Sylvia Martínez
Maquetación: Carlos Esteso

Primera edición: xxxxxx, 2015

Te querré toda la vida
© Alejandro Barrero Santiago
© éride ediciones, 2015
Collado Bajo, 13
28053 Madrid

éride ediciones

ISBN:
Depósito Legal:
Diseño y preimpresión: Éride, Diseño Gráfico
Imprime:

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados



Este libro protege el entorno

ALEJANDRO BARRERO SANTIAGO



Te querré toda la vida

1. POR SIEMPRE

Existe una leyenda china que explica de una manera muy bonita —y sobre todo convincente— porqué el anillo de compromiso se lleva en el dedo anular.

Antes de comenzar hemos de colocar nuestras manos en una posición bastante peculiar. Primero, tenemos que juntar las palmas de nuestras manos como si fuéramos a rezar y abrir nuestros dedos sin separarlos. Por último, sin separar el resto de los dedos, hemos de introducir nuestros dedos corazones entre las dos palmas, de tal manera que se mantengan unidas las dos primeras falanges de estos dedos.

De este modo tenemos a cada dedo de la mano derecha emparejado con su compañero de la mano izquierda —manteniendo, por lo menos, las yemas juntas— y los dedos corazones orientados hacia abajo, pegando falange contra falange.

Según la leyenda, cada pareja de dedos simboliza a personas diferentes. Los pulgares representan los padres. Los índices representan los amigos y hermanos. El dedo corazón te representa a ti mismo. El dedo anular representa la unión con tu pareja. Y los dedos meñiques representan a los hijos.

Si intentamos separar los pulgares —manteniendo juntos el resto de los dedos—, podremos comprobar que se separan sin ningún problema. Esto significa que los padres no están destinados a vivir con nosotros hasta el día de tu muerte. Algún día nuestros caminos se separarán.

Al tratar de separar igual los dedos índices —que representan a los hermanos y amigos—, se verá que también se

separan. Esto es porque ellos tienen destinos diferentes al nuestro, como casarse y fundar su propia familia.

El dedo corazón no hace falta tratar de separarlo, pues éste te representa a ti y, desde luego, tú vivirás para siempre contigo mismo. Desde el principio hasta el fin de tus días.

Si intentamos ahora separar de la misma forma los dedos meñiques —que representan a los hijos—, éstos también se distanciarán sin problemas. Los hijos crecerán; pero cuando ya no necesiten a sus padres volarán solos por su propio cielo.

Finalmente, si tratas de separar tus dedos anulares —el que representa a tu pareja—, será sorprendente comprobar que se trata de una tarea imposible. Eso se debe a que una pareja está destinada a estar unida hasta el último día de su vida. Por eso el anillo de compromiso se usa en este dedo, para representar una unión. Una unión eterna.

Esta leyenda la conocí gracias a ella. Aún recuerdo el día en que me la contó; precisamente, fue el mismo día en que la conocí. Curiosamente, aquel veintiuno de septiembre ni siquiera pude ver su rostro. Desde luego, nuestra historia comenzó siendo ya «curiosa» desde el primer instante.

2. ADICTO

—Eh, Pepe, llevas la bragueta abierta. Ciérratela o se te escapará el pajarito.

—Descuida, seguro que volverá. Tiene aquí los huevos.

Me subí vagamente la bragueta mientras Arturo me sonreía, socarrón. Tomé los apuntes de Matemáticas III y Química Orgánica y me aseguré de no dejarme la cazadora en la silla antes de marcharme.

—Espera, genio —me llamó Arturo desde detrás—. Te olvidas del fabuloso «Termodinámica Química». ¿Acaso piensas tirar quince pavos a la basura?

—Gracias —dije mientras alargaba la mano para recuperar mi libro.

—Mira, tío, el fulano que lo ha escrito se llama José Luis, como tú.

—Claro, es que soy yo —bromeé.

—Claro. El ingeniero que me ha dicho por *WhatsApp* que vaya a la «vivlio». Ahora se dedica a escribir.

—Anda, dame ese libro y vámonos de aquí. No puedo charpar más por hoy.

Eché a andar y Arturo se puso a mi vera.

—Parece mentira. Tienes treinta y dos tacos y sigues diciendo «charpar».

—¿Me lo dice el que tiene veinte y aún lleva camisetas de *Pokémon*?

—Oye, *Pokémon* mola. Además, esta camiseta es graciosa. «*Poké-Montgomery Burns*».

—Sí —respondí sin ganas mientras salíamos de la biblioteca a la calle—. El *Picachu* calvo diciendo «excelente» es todo un puntazo...

Arturo me acompañó hasta la parada del autobús. Mientras esperábamos se dedicó a hacer un fastuoso soliloquio acerca de si los tomates eran frutas o verduras que, por supuesto, yo no escuché. Dejamos pasar a dos autobuses mientras seguíamos esperando nuestra línea cuando Arturo —que no había cerrado el pico, seguramente sin darse cuenta de que no le prestaba atención— logró sacarme de mis pensamientos.

—¿A ti cuánto te mide?

—¿Qué? —dejé de contemplar los minutos que le faltaban al autobús para mirarle a los ojos.

—Que cuánto te mide —repitió—. La polla, me refiero.

—Sí, sí. Ya sé a qué te refieres —arrugué la nariz con asco—. No te lo voy a decir.

—¿Por qué?

—Porque paso de hablar de esas guarradas contigo.

—Eso es porque la tienes pequeña.

—¿Perdona?

—Sí. Que te da vergüenza.

—No. No me da vergüenza. Simplemente es que me niego a hablar contigo de esas cosas. ¿Se puede saber en qué estabas pensando?

—Pues en tías. ¿No me estabas escuchando?

Negué con la cabeza sin responderle, y volví a mirar los minutos que le faltaban al autobús, esta vez con intención de que Arturo se percatara de que el tema no me merecía ningún interés. Sin embargo, lejos de mis anhelos, el chico continuó insistiendo.

—Pues yo la tengo bastante grande.

—Cómo me alegro, Arturo.

—Además —sonrió con picardía—, no lo digo solo yo.

—Ya. A todas las madres les gusta presumir de sus hijos.

—No me refería a eso, imbécil. Hablo de otras tías.

—¿Tú sales con chicas?

—Pues claro. Vaya pregunta.

—No lo sabía. La verdad es que no tenías mucha pinta de hacer esas cosas.

—Por favor, *Jose*. Eso es que no me conoces —alzó las palmas de las manos—. No te imaginas los orgasmos que pueden llegar a provocar estas manos.

—Sí me lo imaginaba. Lo que no sabía es que también se los podían provocar a otras personas.

—Eres muy gracioso —rio—. Te sorprendería saber que este *finde* me tiré a Marta Juárez.

—¿Ésa es la de clase?

—Exacto. En su casa. Cuando sus padres no estaban.

—Qué alegría, Arturo —respondí desgarbado—. Cuando me arrimé a ti este curso para hacer trabajos no imaginaba que me estaba juntando a un *friki* adicto al sexo. Pero no te preocupes. Con que trabajes bien, a mí me da igual a qué te dediques por las noches. O, bueno, cuando quiera que sea que haga esas cosas.

—Muy a menudo —sonrió, orgulloso—. En cualquier lugar. A cualquier hora...

—Y con cualquiera —completé sin mucho entusiasmo mientras me asomaba a la carretera—. Mira, ahí viene el bus. Vete pensando en algún tema de conversación más normalito para cuando entremos, porque si no me bajo en la siguiente parada.

—Como quieras... —rio escandalosamente—. Lo que sea para que no te sientas intimidado.

—Eres un crío.

Subimos al autobús y avanzamos hasta el final del vehículo. Por fortuna —o por desgracia— encontramos dos sitios juntos y tomamos asiento con ganas.

—Parece mentira —comenté rápidamente, sin dar pie a Arturo a elegir tema de conversación—, llevamos casi toda la tarde con el culo pegado a la silla y aun así da gusto sentarse de nuevo. Y esta noche va a dar una pereza que ni te imaginas.

—¿Vas a seguir estudiando?

—Claro.

Pero, Pepe —se llevó las manos cómodamente detrás de la cabeza—, es solo un examen de prueba. Es para que el profesor compruebe nuestros conocimientos iniciales. No cuenta para nota.

—¿Cuándo te he dado permiso para llamarme Pepe?

—Cuando superes tus miedos más profundos dejaré de llamártelo —dijo, mirando divertido a mi entrepierna—. Entonces, ¿te vas a poner a estudiar?

—Sí. Quiero sacar buenas notas. Y para eso necesito que los profesores se lleven buena imagen de mí desde el primer momento. Con un poco de suerte, el próximo año ya estoy currando.

—Relájate. Aún hay tiempo.

—Habla por ti. Yo no puedo dedicar más años de mi vida a estudiar.

—Pero de ahí a estudiar tanto... Ya hemos estudiado toda la tarde, ¿para qué más?

—Ya ves...

—¿Tienes la fotocopia del libro de familia?

—¿Qué?

—¿No lo recuerdas? Lo pidió ayer el *profe* para mañana.

—No me jodas... —me llevé las manos a la cara y la hundí entre mis palmas—. ¿Hay algo abierto ahora?

—¿Para hacer fotocopias?

—No. Para reservar un viaje a Cancún. ¿Tú qué crees?

—Pues no, tío. Son las diez pasadas. No hay nada abierto ni de coña.

—¿Tienes fotocopiadora en casa?

—No. ¿Tú tampoco?

Pasé de responder esa última pregunta, mientras volvía a hundir mi cara entre mis manos, pensando en qué hacer. Lo último que quería era empezar con mal pie.

—¿A qué hora abre la reprografía?

—A las nueve. Pero empezamos la clase a las ocho.

—Joder...

—Bueno, siempre se lo puedes llevar a su despacho después de clase.

—No. No es lo mismo.

—¿No tienes algún amigo que te pueda ayudar?

—He llegado a esta ciudad hace semana y pico... Lo más triste es que solo te conozco a ti.

—Ni que fuera algo malo —sonrió, bobalicón—. ¿Qué hay del chino del quinto?

—¿Eso qué es?

—Nada. Un chino que está en el quinto piso de un edificio. En lugar de una casa, es una tienda.

—¿Pero eso es legal?

—No lo sé. Pero abren hasta las once. Y creo que hacen fotocopias.

—Dime cómo llegar.

—Tienes que bajarte en la siguiente parada.

Cuando llegué a la dirección que Arturo me había indicado vagamente, me detuve ante un viejo edificio de color grisáceo. Tras acercarme al telefonillo vi que, en efecto, al lado del quinto C había un cartelito con letras chinas y debajo ponía «todo a cien».

Llamé con ansia, rezando para que no estuviera cerrado. Tras unos segundos de tensión, me abrieron la puerta sin siquiera responderme. Tras meterme dentro, busqué ávidamente un ascensor. Apenas lo hube encontrado, comprobé con evidente desagrado que se trataba de un antiquísimo elevador que bien podría estar en un museo.

A pesar de tener al lado las escaleras, opté por el camino cómodo y entré en el ascensor. Buscaba los números de los pisos, cuando oí cómo alguien más entraba en el edificio. Mientras pulsaba para ir al quinto, una persona se metió dentro del ascensor conmigo.

—Perdona. Un momentito.

Al girarme vi cómo entraba en el ascensor sujetando un cuadro enorme. A pesar de que no podía verle la cara, imaginé por su voz que se trataba de una mujer joven.

—¿Puedes marcarme el número? —me pidió desde detrás del cuadro.

—Claro. Sin problemas. ¿A cuál vas?

—Al quinto.

—Anda, mira. Como yo.

Sonreí mientras volvía a pulsar el número cinco nuevamente, y las puertas se cerraban lentamente. Entonces, con un inestable traqueteo, el ascensor comenzó a subir lentamente.

—Espero que esto no se caiga —bromeó la chica.

—Ya. Parece más viejo que la tarara. Espero no morir por ir a hacer unas fotocopias.

—Tranquilo. Yo subí por este mismo ascensor la semana pasada y no ocurrió nada.

Apenas la chica hubo dicho eso, el ascensor se paró de golpe con un fuerte sonido. Instantáneamente, las luces se apagaron. Mi primera reacción iba a haber sido chillar; pero al ver que la chica no se asustaba ahogué el chillido.

—Vaya. Parece que ha valido decirlo para que se pare.

—Sí —comenté reponiéndome—. Voy a tratar de dar la linterna del móvil. Espero que este trasto tenga algún botón de alarma.

—Buena idea. ¿Puedes ayudarme a dejar el cuadro en el suelo? Pesa bastante y estoy incómoda.

—No te preocupes, ahora voy. Déjame dar la luz primero. No veo una mierda y puede que te acabe sacando un ojo sin querer.

—Tranquilo —rio—. Creo que puedo aguantar.

—Mierda.

—¿Qué?

—Batería agotada.

—Vaya...

—¿Tienes móvil?

—Sí. Ayúdame a bajar el cuadro.

—Vale. Pero lo veo todo negro. Voy a tientas, ten cuidado.

—Nada. Cerraré los ojos para evitar que me los saques

—pareció sonreír al decir eso último.

Con cuidado llevé mis manos hacia donde se encontraba la chica antes de que la luz se apagara. Al rozar con las yemas el cuadro traté de buscar sus bordes para sujetarlo bien.

—¿No se joderá, no?

—Descuida. Además, ya está roto. Venía precisamente a que me lo cambien por otro.

—Venga. Ya lo tengo. Sí que pesa. ¿Qué hacemos con él?

—Ayúdame a dejarlo primero en el suelo. Con cuidado. No quiero romperlo más de lo que está y que no me lo cambien.

—Bien. ¿Y ahora?

—Échatelo hacia ti para sujetarlo bien. Entonces yo aprovecho para pasar a tu lado para ayudarte. Si este ascensor fuera algo más grande no tendríamos que estar haciendo malabares.

Noté cómo los pasos de ella sorteaban con cuidado el enorme cuadro y se situaban junto a mí. Pude notar su perfume. O mucho me equivocaba, o aquella chica usaba perfume de hombre. Si mal no lo distinguía, el famoso *One Million* de Paco Rabanne.

—Vale —dijo ella— Ahora yo lo sujeto.

—Muy bien. ¿Qué hago yo?

—¿Puedes cogerme el móvil?

—Sí, claro. ¿Dónde lo tienes?

—En el bolsillo de la derecha. Gracias.

Sin planteármelo, llevé rápidamente mi mano a donde creía que estaba su cintura. Sin querer, mi mano fue directa a su trasero.

—Perdón.

Mientras trataba de llegar a su bolsillo, comencé a ser consciente de lo que estaba haciendo. Estaba tocando a una

completa desconocida. Por si fuera poco, ni siquiera le había visto la cara. Ni podía determinar su edad tan solo por su voz.

Me empecé a poner nervioso. Le acababa de tocar el culo a la chica aquella. Ella estaba muy cerca de mí. Tan cerca que podía distinguir sin problema que, en efecto, la colonia se trataba del *One Million*. Por si esto fuera poco, pude comprobar que lucía los típicos vaqueros con agujeros. Para colmo, rocé sin querer parte de la piel de su pierna en uno de los agujeros. Su tacto era suave y cálido. Esto me excitó bastante. Mi corazón comenzó a latir rápidamente.

Con alivio palpé su móvil y me dispuse a meter la mano en su bolsillo.

—No me cabe la mano. Está muy apretado —me quejé—. ¿Pero qué talla usas tú de vaqueros?

—La que me sienta mejor —respondió. Su voz sonaba cerca de mi oreja—. Trata de sacarlo, anda. Imagino que tendrás prisa.

—Voy.

Estaba cada vez más nervioso. Y me sudaban las manos cosa mala. Con decisión metí mi mano con fuerza en el interior de su bolsillo y me así firmemente a su teléfono. Tiré fuertemente de él, como si fuera el rey Arturo sacando a *Excalibur* de la piedra.

Tenía que ocurrir.

Había sacado el móvil tan fuerte que mi mano salió despedida de su bolsillo. Mis manos sudorosas hicieron el resto: el móvil salió despedido y se estrelló contra las puertas del ascensor con un fuerte sonido.

—¡Joder! —bramé—. Lo siento.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —me agaché muerto de vergüenza, y comencé a palpar el suelo a ciegas hasta que encontré el teléfono—. Joder... No se enciende. Creo que te lo he jodido. Joder. Lo siento. Yo te lo pago.

—Bueno. No te preocupes.

—De verdad —insistí apurado—. Dame tu *WhatsApp*. Cuando sepas cuánto es la reparación me escribes y te lo pago.

—Qué gracioso. Me rompes el móvil y te regodeas precisamente pidiéndome el teléfono.

—Ah. Lo siento. Eh... No me he dado cuenta. De verdad. Yo...

—Da igual. Estaba bromeando. Y no te rayes, no era precisamente un *Iphone*. Ayúdame a poner el cuadro contra la pared del ascensor.

Entre ambos colocamos el cuadro en equilibrio contra la pared. Al empujar ella puso sin querer su mano sobre la mía.

—Lo siento.

—Oh. No te preocupes —contesté, aún nervioso.

—Voy a dar a todos los números. A ver si alguno es la campana —pude escuchar cómo ella pulsaba todos los botones, sin éxito—. Nada... No estamos de suerte.

—¡AYUDAA! —grité—. ESTAMOS ATRAPADOS EN EL ASCENSOR. ¿ALGUIEN ME OYE?

—No te esfuerces. Este edificio no es precisamente de lo mejorcito de la ciudad. En la mayoría de los pisos viven gitanos, inmigrantes, gentuza... Aquí los gritos están a la orden del día. Nadie nos va a hacer ni caso.

—Vaya... Entonces solo nos queda esperar aquí hasta que nos encuentren.

—Eso parece.

—Joder... No sé qué voy a hacer mañana en clase sin el libro de familia.

—¿Estudias?

—Sí. Ingeniería Química. ¿No lo parece?

—No tienes precisamente voz de estudiante.

—Ya. Eso es porque tengo treinta y dos tacos.

—¿Has estudiado otra carrera?

—Bueno... He estado trabajando y he hecho dos módulos. La verdad es que he empezado un poco tarde...

—Nunca es tarde. ¿Y el ingeniero tiene nombre?

- Sí. José Luis. Pero prefiero *Jose*.
- Encantada, *Jose*.
- ¿Y tú?
- M.
- ¿Eme?
- Sí.
- Eso no suena a nombre.
- Bueno, pero así es como me gusta que me llamen. M.
- Pues nada. Un placer, M.
- El gusto es mío.
- ¿Tú también eres estudiante?
- Oye, estábamos hablando de ti —me respondió con picardía—. Antes me he dado cuenta de que llevas un anillo en la mano. ¿Estás casado?
- No, no. ¿Por qué iba a estarlo?
- Porque lo llevabas en el dedo anular.
- ¿Y qué más da?
- Pues que ese dedo se reserva únicamente para el anillo de compromiso.
- Eso es una bobada. Llevo el anillo donde quiero.
- No creas que esto que te digo carece de fundamento. Se trata de una antigua leyenda china.
- ¿Una leyenda?
- Sí. ¿Quieres oírla?
- Claro. No tenemos otra cosa que hacer hasta que vengan a por nosotros.
- Tienes que poner los dedos así.
- No te veo, ¿recuerdas?
- Dame tus manos. Yo te coloco.

Sus manos encontraron lentamente las mías. Eran pequeñas y suaves. Pero no solo en lo que al tacto se referían, sino también a la hora de manipular mis dedos. Lo hacía con una dulzura increíble. Casi, incluso, con cariño. Con ganas de alargar más ese momento, yo movía torpemente los dedos, a conciencia, con tal de que ella no separara sus manos de las mías.

Curiosamente, ella no parecía tener prisa por colocarme en la posición correcta. Todo lo contrario. Parecía disfrutar mientras reía tontamente colocándome las manos una y otra vez.

Cuando consideré que ya estaba abusando, me dejé posicionar. Entonces ella comenzó a contarme la famosa leyenda china sobre los dedos y los anillos. Lo hizo lentamente, tomándome con delicadeza cada par de dedos mientras la narraba, separándolos y juntándolos.

Tras pedirme que yo mismo tratara de separar mis dedos anulares, acabó con la historia.

—¿Sorprendido? —puso sus manos en torno a las mías—. No puedes separar los dedos porque una pareja está destinada a estar unida hasta el último día de su vida. Por eso el anillo de compromiso se usa en este dedo, para representar una unión. Una unión eterna.

—No me lo esperaba. Me ha gustado —mientras le hablaba, M no dejaba de acariciar lentamente mis manos.

—Me alegra.

—Bueno. Creo que es hora de hablar de ti. Con un poco de suerte me da tiempo a saber algo más de ti aparte de tu nombre, antes de que nos encuentren.

—Qué gracioso... ¿Quieres saber algo más de mí? —preguntó sugerente.

—Claro —respondí con inocencia.

—Mira. Empieza a conocerme.

Con suavidad tomó mis manos y las llevó hacia ella. Apenas había podido reaccionar y estaba poniéndomelas sobre su vientre. Sin soltarme las manos, las dirigió para que la acariciase lentamente en círculos. Habló de nuevo.

—¿Quieres conocerme algo mejor?

—Sí... —logré articular.

Entonces ella comenzó a subir muy lentamente mis manos, sin dejar de acariciarse con ellas. Nos dirigíamos hacia sus senos. Mentalmente, rogué a mis manos que dejaran de sudar.

Pero no lo hicieron. M comenzaba a acariciar la parte de debajo de sus pechos con mis manos, juguetona.

—¿Te gusta?

—Me gusta. Desde luego, así es un placer conocerte — solté, con temor a que mi broma fuera mal recibida y estropeará el momento.

—En ese caso, sigue conociéndome —por fortuna, ella encajó bien la broma.

De pronto mis manos se encontraban apretando suavemente sus pechos. Al principio despacio y con suavidad, luego un poco más rápido y con algo más de fuerza. M dejó escapar un pequeño gemido, lo que provocó que la erección del interior de mi pantalón fuera prácticamente incontrolable.

M pareció percatarse de que yo también me estaba excitando, así que apartó mis manos de sus tetinas y las condujo hacia abajo por su vientre.

—¿Quieres... conocerme más a fondo?

—Sí —susurré.

Sin más dilación, la muchacha guio mi mano hacia sus vaqueros ajustados. Pude oír cómo soltaba el botón y bajaba su cremallera. Nervioso por lo que iba a ocurrir a continuación, contuve la respiración. Cuando ya parecía que me iba a meter la mano por dentro de sus braguitas, la muchacha llevó sorprendentemente mis manos hacia su rostro. Pude notar cómo sonreía.

—¿Pero qué te habías creído? —susurró con picardía.

Sin decir nada comencé a explorar su rostro. Su piel era tersa y suave. Su nariz, pequeña y ligeramente respingona. Por sus cuencas oculares, sus ojos parecían ser grandes. Tras acariciar sus finas cejas, bajé hacia su boca. Nada más llegar, M me recibió sacando la lengua y chupándome suavemente los dedos. Apenas me había dado cuenta y ya se había introducido uno de mis dedos en el interior de su boca. Allí jugueteaba con el dedo, acariciándolo con la lengua y tocándolo suavemente con sus dientes, como haciéndome una

demostración de lo que era capaz de hacer con otro de mis miembros.

Si las hormonas se pudieran tocar, seguramente sí que habría acabado sacando un ojo a la chica, porque en ese momento cada vez me sentía más extasiado y menos dueño de mi cuerpo. M se sacó mi dedo de la boca con delicadeza para decir algo.

—Éste... Sí. Definitivamente —susurró—. Éste creo que me va a servir muy bien.

No comprendí bien el significado de sus palabras hasta que no tomó mi dedo, bajándolo rápidamente, y comenzó a acariciar con él sus labios. Pero no precisamente los de la boca. Como pude comprobar vagamente, aunque no estaba completamente rasurada, M sí que se depilaba.

Sin avisar, la chica introdujo mi dedo en aquel agujero húmedo y prieto mientras soltaba un sensual gemido.

—Bueno... —me dijo al oído, permitiéndome notar su aliento—. Ahora creo que puedes seguir tú solo.

Dicho y hecho. En cuanto la chica quitó su mano de la mía, comencé a masturbarla como mejor sabía. Primero con cuidado, metiendo y sacando el dedo con delicadeza. Luego, cada vez más frenéticamente, hasta que me decidí a introducirle un segundo dedo.

Mientras tanto, M no perdía el tiempo. Había bajado mi bragueta y buscaba lentamente lo que había escondido tras ella. Yo notaba que me iba a explotar de la excitación. Finalmente, M lo agarró con firmeza y lo sacó al exterior, fuera del calzoncillo y del pantalón.

—Así que aquí estabas —canturreó mientras comenzaba a moverlo lentamente arriba abajo—. Me parece que necesitas un masaje en esta zona, Jose... te noto muy cargado.

A partir de ese momento mis recuerdos dejaron de ser nítidos. Fui consumido completamente por el placer y la lujuria. Me sentía completamente adicto a ese desconocido cuerpo que me entregaba todo su calor. Ni siquiera puedo recordar exactamente en qué momento nos quitamos la ropa. Ni

exactamente en qué momento comenzamos a hacerlo en el suelo del ascensor. Ni exactamente en qué momento rompimos en dos el cuadro de M, sin importarnos nada más que la persona que teníamos delante.

Tampoco recuerdo cuánto tiempo estuvimos haciéndolo. Quizás horas. Ni siquiera recuerdo cuándo acabamos dormidos, ella con la cabeza recostada sobre mi pecho; yo abrazándola suavemente como no había abrazado en mi vida.

Tan solo recuerdo el despertar.

—Despierta, bella durmiente.

Me desperté vagamente al escuchar la voz masculina. La luz me cegaba y apenas podía distinguir a las dos personas que estaban mirándome desde arriba.

—Mira, el jodido está en pelota picada.

Al escuchar eso último reaccioné de golpe, recordando dónde estaba y lo que había ocurrido en aquel ascensor.

—Joder —dije poniéndome la camiseta para que me tapara la entrepierna—, ¿pero qué ha pasado?

—Que te has quedado atrapado en el ascensor —mi vista se acabó por acostumbrar a la luz y me permitió distinguir a los dos conserjes de mono azul—. Pero ya hemos visto que no has perdido el tiempo.

—¿No había aquí una chica?

—Sí —respondió el otro—. Pero ella ya estaba vestida. En cuanto abrimos la puerta salió corriendo y se fue del edificio.

—Hay que joderse. Esto es surrealista —me levanté y comencé a vestirme delante de los conserjes—. ¿Qué hora es?

—Las nueve y pico.

—No puede ser... —miré mi reloj para cerciorarme—. ¡Yo debería estar en clase!

—Y nosotros deberíamos estar reparando este ascensor, caballero —insistió uno de los conserjes—. Anda, vístete y sal, por favor. Y llévate ese cuadro, si es tuyo. Si no, lo tiramos a la basura.

Y así fue cómo la conocí. Tan solo me quedé con ese viejo cuadro y con aquel nombre falso que ella me había dado: M.

Aún bendigo la decisión que tomé de llevarme aquel cuadro roto a casa. Si no hubiera sido por ese pequeño detalle, jamás habría vuelto a ver a aquella misteriosa chica. Quién me iba a decir a mí que aquello no era más que el comienzo de algo que ni me imaginaba.